

CORNELIA FUNKE

LA
COPA
DE
PLOMO Y ORO



Ilustraciones de la autora

Traducción del inglés de
Ana Doblado Castro

Siruela

Biblioteca Funke

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *The glass of lead & gold*

En cubierta: ilustración de Cornelia Funke

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© Text and illustrations by Cornelia Funke, 2018

© De la traducción, Ana Doblado Castro

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17860-92-9

Depósito legal: M-32.557-2019

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad



*Para
Keith John Mastrocco,
inspiradora de esta historia*

Había estado nevando durante toda la noche, los copos arremolinándose sobre Londres como si las estrellas cayeran del cielo para hacer brillar la ciudad en Nochebuena. La nieve había cubierto las calles adoquinadas con un manto tan grueso que acallaba todos los ruidos que hacía la ciudad mientras se despertaba, y su suavidad hacía que Tabettha casi olvidara el frío que notaba bajo sus zapatos viejos. Las estrechas callejuelas por las que pasó para ir hasta la orilla del río eran las mismas de cada día, pero hoy las mugrientas casas que las bordeaban pare-

cían sacadas del escaparate de una pastelería: los tejados glaseados, las chimeneas dejando escapar nubes de azúcar glas al cielo que palidecía lentamente. Tabetha a punto estuvo de creer por un momento que cuando la nieve se derritiera se llevaría toda la fealdad y la tristeza que había debajo. Quizá entonces emergería Londres como ese lugar brillante y mágico del que su madre le hablaba cada noche cuando aún vivían en el pueblo de la costa.

Tabetha apenas pensaba en él estos días: las barracas azotadas por el viento a orillas de un mar gris, las redes que ayudaba a reparar junto a su padre, los peces exhalando el último suspiro en las tablas de su barco, junto a estrellas y caballitos de mar diminutos, todo aquello parecía tan irreal



como las casas cubiertas de nieve que la rodeaban. Su padre se había ahogado poco después de que ella cumpliera siete años y su madre había empaquetado sus cosas para empezar una nueva vida en Londres, la lejana ciudad llena de risas y luces de la que le había hablado a Tabetha. Sin embargo, no tardaron mucho en descubrir que las luces y las risas tenían un precio que solo los ricos podían pagar.

Su madre había muerto dos años después de su llegada a la ciudad. Se había convertido en poco más que una de esas historias que a ella le gustaba contar, cuentos de hadas demasiado bonitos para creer en ellos entre la pobreza y la oscuridad que habían rodeado a su hija desde entonces. No era fácil sobrevivir sola en Londres, pero en tres días Tabetha Brown celebraría su quince cumpleaños. Se había prometido a sí misma un trocito de tarta para celebrar el acontecimiento, aunque aún tenía que ganarse el dinero para permitirse semejante lujo.

Crecer hacía que la vida fuera más fácil. Durante sus primeros años sola, muchas veces Tabetha había pasado tanta hambre que había estado tentada de regresar al pueblo; pero entonces se había acordado de su abuelo gritándoles a ella o a su madre, y de cuántas veces había sentido los tortazos de sus ásperas manos en la cara o su vara en la espalda. No. La vida era dura en todas partes y ahora Londra era su hogar.

Cogió una piedra y espantó a un esmirriado gato de un cuerpo pequeño que yacía en la nieve. Era un hob, con delgados brazos y piernas tiesas como palos. La población de hombres y mujeres diminutos de Londra era casi tan numerosa como la de ratones y ratas, tanto en los barrios pobres como en los ricos. Los hobs no llegaban a ser mucho más grandes que un cuervo y podían resultar bastante gruñones, pero eran muy buenos trabajadores. A cambio de sus servicios, normalmente solo pedían una camisa o un abrigo viejos

para hacerse con ellos su propia ropa, algo de comida para alimentar a su familia —que, en verdad, podía ser bastante grande— y alojamiento bajo una escalera o en un armario. Trabajaban en restaurantes y fábricas, también en las grandes mansiones del otro lado de la ciudad, pero no siempre recibían la gratitud que merecían y, especialmente en invierno, se encontraba a muchos muertos en las calles.

Este aún respiraba y Tabetha apoyó su diminuto cuerpo contra el escaparate de una tienda, confiando en que el calor que se filtraba por el cristal pudiera devolverlo a la vida. Poco después de la muerte de su madre, había acabado trabajando para un deshollinador que la había hecho trepar por tantas chimeneas que sus raquílicas piernas pronto estuvieron cubiertas de hollín y cicatrices. Estaba segura de que acabaría como tantos otros niños que trabajaban para deshollinadores: resbalaban y se partían el cuello; hasta

que una familia de hobs la ayudó a escapar. Nunca había olvidado aquel acto de bondad.

El deshollinador nunca se había dado cuenta de que ella era una chica. Si era difícil para cualquiera sobrevivir en Londra, para una mujer era prácticamente imposible —así lo había demostrado la crudeza de la vida de su madre—, de modo que Tabetha llevaba el pelo corto y se vestía como un chico. Al principio había echado de menos su melena y los vestidos, sin embargo ahora prefería los



pantalones y las camisas que llevaba, aunque cada vez tenía que añadir más y más capas de harapos para ocultar sus crecientes pechos.

Quince... No, la vida no iba a ser más fácil.

Antes de llegar a las empinadas escaleras que descendían hasta la fangosa orilla del Támesis, encontró otros tres hobs más y, justo al lado de los escalones, una moneda que relucía en la nieve como un regalo de Navidad adelantado. Era un buen comienzo para un día que solía ponerla triste. Quizá por fin podría comprarle un par de zapatos viejos al leprechaun que vivía bajo las escaleras del teatro, en cuyo patio trasero lleno de corrientes ella se refugiaba por la noche.

Ya había dos docenas de rapiñadores en marcha a primera hora de esta mañana de Nochebuena, buscando en el barro congelado de la orilla hilo de cobre, monedas viejas, metales y otros bienes vendibles. Tabetha los conocía a todos. En general eran mayores que

ella. Rebuscar en el barro no era un negocio saludable. El barro cargado de inmundicia a menudo les llegaba hasta las rodillas y la herida más pequeña podía provocar una infección letal. Luego estaban las mareas. Tabetha había visto con sus propios ojos cómo la crecida de las aguas había arrastrado a una señora mayor y a su hijo. Por eso la orilla era un lugar peligroso —incluso en un día como ese, cuando la marea estaba baja y el barro,

helado—, porque era el terreno de caza de los hombres y los caballos de las aguas, por no mencionar a marineros borrachos, traficantes de polvo de elfo y contrabandistas de todo tipo.

Ninguno de los otros rapiñadores sospechaba que Ted, como solía presentarse Tabetha, era una chica. En cualquier caso, se mantenía alejada de ellos, pues estaba segura de que ninguno dudaría en robarle si les diera la oportunidad. No podía confiarse en nadie. En nadie. Solo había sobrevivido porque nunca olvidaba esto.

